

FRAGMENTO CUARTO.

“Siempre he tenido curiosidad de saber por qué los pueblos antiguos, y en particular los romanos, tenían para cada hora del día un *bouquet* distinto.

“Para la primera hora un *bouquet* de rosas todas abiertas.

“La segunda uno de eliotrope.

“La tercera un *bouquet* de rosas blancas.

“La cuarta uno de jacintos.

“La quinta algunas hojas de granado.

“La sexta un *bouquet* de anémona.

“La séptima uno de resedá.

“La octava uno de flores de naranjo.

“La novena algunas hojas de oliva.

“La décima algunas ramas de lila.

“La undécima un *bouquet* de calendula.

“La duodécima un *bouquet* de trinitaria y violetas.”

He tratado en vano de descubrir los atributos diversos de esas horas, de los cuales dichas flores son emblemas, y nada satisfactorio ni completo he encontrado. Pasemos, pues.

“¿Cuáles son esas dos hermosas flores á las que ha dotado la naturaleza de instintos tan diversos? Al pié de la una, leo el nombre de: la *Quinte-Feuille* (quinta hoja) símbolo de la *inocencia*. En tiempo de tempestad, sus hojas, que parecen un abanico, se juntan y forman sobre la flor una especie de pequeño nicho, que la pone al abrigo de los vientos y las aguas.

“La otra es la planta Villorita: sus flores, color de carne, se complacen en desafiar las tempestades y el mal tiempo: su vista inspira meditaciones melancólicas. ¡Dichosa flor! tú puedes desafiar el ábrego inclemente, él no te marchita ni te hace doblar! Miétras yo, he sido doblado y marchitado por ellos!

“He buscado mil medios para hacer útil mi vida. Hubiera querido poder persuadirme que la vida mas larga es la mas dolorosa, y que apenas es suficiente un período de ella para prepararse á morir. Hubiera querido persuadirme, de que todo eso que en el mundo llaman negocios, es una cosa tan vana cual el trabajo de la hormiga en el camino real, donde cuando menos piensa la aplasta el pié del viagero!..... Hubiera querido dar á mi pensamiento un objeto único, el de aprovecharse de la soledad y el silencio que son mi misión, para elevarlo siempre hasta Dios, en espera de la hora en que la eternidad abra sus puertas para mí!..... Hubiera querido, que la sonrisa de aquel que reside mas allá de los cielos, pudiese dar siempre alegría á mi alma y fortificarla!..... Hubiera querido, dando á la virtud toda la estension que debe tener, que mi nombre se inscribiese con los caracteres de la fidelidad en el libro del buen deseo del Rey del mundo!..... Viendo incesantemente la tumba abierta bajo mis piés,

condenado á dormir en una tumba abierta que durante mi sueño podria cerrarse, prefiriera vivir en el rincón mas salvaje, en una oscura gruta, siendo mi única bebida el agua de los arroyos, mi comida las yerbas y las frutas encontradas al azar, y allí, con mis ojos elevados sin cesar al cielo, no habria querido mas, que contemplar sus regiones; pero, cual las arenas que beben las gotas de la lluvia ó el rocío de las mañanas, yo, que solo soy un átomo imperceptible de ellas, solo puedo embeber un débil bien partido de las inspiraciones que el cielo me dá.

“A pesar de mis esfuerzos sinceros, he visto, tanto antes como ahora, solo mi sombra, no habiendo podido ver aún con gusto ni una sola vez en lo pasado: no habiendo jamas podido por una sola vez, ver hácia adelante con esperanza!....

“Desafia los inviernos, dulce Villorita! al prisionero eso no le es permitido. Tú, sabes que vives, que naces, que has de morir: yo, mil veces he dudado si he nacido, si he vivido, si estoy muerto. Solo para mí se ha invertido el orden de la naturaleza.

“Solo para mí no existen los goces de los hombres,

“Goce de hijos;

“Goce de padre;

“Goce de amigos;

“Goce de amante;

“Goce de esposo;

“Goce, en fin, de hombre, en los mil accidentes de la vida: nada, nada de esto existe para el prisionero! Se ha estudiado el dejar nada en mi corazón, y si no le han arrancado, es porque temen se escape de la tierra una maldición que iria hasta el cielo acusándolos!.....

“Descansa, dolor mió!... Y vosotras, flores queridas, consoladme! Abrid vuestras corolas, que sean las depositarias de mis suspiros! Sacudid vuestras hojas y que el polvo embalsamado que las cubre, sirva de bálsamo á mi corazón! Pasad, ¡oh flores mías! pasad ante mis ojos con vuestros atributos y vuestros símbolos! Sed para mí las sensaciones y los sentimientos que no me han sido dados conocer en la vida!

“Recordadme aquello que habria amado, aquello que habria odiado, aquello que habria bendecido, aquello que habria maldecido! Sed para mí el amigo tierno, el confidente discreto á quien uno revela sus amores, y las penas del corazón, las bendiciones y las maldiciones del alma!

“Dejémos á un lado esas flores, símbolo de amor; su vista me recuerda sus atributos, y estos, son un dolor en mi dolor! Son, el cielo á que aspiro! Son, el cielo que he perdido!

“En un día de loca alegría, quise clasificarlas, y ese día, mi corazón se estrelló al quitar los troncos que pude clasificar en ellas como símbolos! Pasémos, pasémos pronto, mi dolor no necesita alimentarse.

“Henos, pues, en pleno goce de la vida real.

“Veo la *primavera* naciendo bajo la escarcha que fecunda la tierra reconcentrando su calor; así nace el hombre, en medio del sufrimiento! Las hermosas flores amarillas de la primavera, han producido siempre en mi imaginación el efecto de una flauta campestre en medio de las rocas áridas é inhabitadas: su símbolo es, *la primera juventud*.

“Sueños que sonreis à la juventud
 “Y os alejais del hombre con presteza!
 “Preciso es que una tan dulce sensación
 “No dure mas que un momento!
 “Edad dichosa aquella en que todo nos parece amable,
 “En que cada objeto nos ofrece un nuevo placer,
 “Atractivo vivo, encanto indefinible
 “El corazón se espansa cuando te siente!

“¡Ay de mí! ese placer no me ha sido dado experimentarlo! No es al sentirlo que mi corazón se ha espandido, sino al envidiarlo! ¿Por qué esa diferencia entre yo y los demás? Nacido entre lágrimas, ¿por qué debo vivir y morir entre ellas? Y esto, sin un plazo.... ¿Estoy acaso marcado con el sello de Cain?

“Ah! huye, pensamiento mío, huye.... yo no soy Cain....

“Es bastante por hoy, mis ojos lloran.... mi corazón gime.... mi alma está en agonía!....

FRAGMENTO QUINTO.

Es Domingo de QUASIMODO, Mayo de 1688. año 22. ° de mi cautividad.

“Ha venido à pararse sobre las barras de mi ventana, una golondrina: gorgea; ¿qué dice? ¿Es acaso un temor lo que me explica? ¿una esperanza? ¿una alegría?

“Golondrina, háblame del mundo à mí que estoy muerto! Cuéntame tus gustos y tus penas, tus deseos y tus esperanzas.... Mi corazón aun es vírgen en confidencias; jamás la boca de un amigo le ha depositado un secreto.... Sé tú ese amigo. ¡Ay! ya voló: mi vista la ha espantado.... Sé dichosa, ave del cielo; vé y di à Dios, que una criatura de la tierra sufre....

“Esas sensaciones del mundo me hacen mal. La fuerza falta à mi alma para poder verlas cara à cara. Débil caña cual soy, conozco que se rompe.... no pensaré mas en ello.... me concretaré à mis flores: hablémos, pues, con ellas.

“Mirad la Vinca-pervinea, es el símbolo del *mérito modesto*. Los Romanos la cultivaban como una planta de gusto. Ella crece al pié de las breñas y zarzales. Las espinas que están sobre su cabeza, no la pican ni desfloran.

“Así ven muchos hombres pasar el trueno sobre sus cabezas sin sentir sus efectos. ¿Por qué no soy como ellos? A mí, me ha lastimado....

“Y à la emblemática Zarza-rosa, ¿qué le diré? tierna flor de los poetas, emblema de las dificultades y la poesía!

“Clemencia Isaura, en la academia de fuegos de flores que fundó en Tolosa, tuvo la ingeniosa idea de dar una Zarza-rosa de oro al vencedor de un torneo anual de poesía.

“Los árabes, esos hijos errantes del desierto, han hecho sobre tí comparaciones encantadoras. Han creído ver en tí una joven beldad cuyos atractivos parecen mas grandes mientras mas sencilla se presenta.

“Tan luego como el calor empiece
 “Abre tus alas ligeras, cefirillo,
 “Abre el cáliz de las flores
 “Y el corsé de nuestras pastoras.

“Mi pensamiento se pierde: me habia prometido no tener mas tales ideas.

“Prefiero la pequeña Salvia, emblema del *mérito desconocido*. ¡Oh locura de los hombres! van à buscar plantas salutíferas à largas distancias, cuando la naturaleza las ha sembrado bajo sus plantas: *hace una tontera con morirse*, decian los antiguos, *quien tiene Salvia en su jardín*.

“Ved la Geringuilla, el elegante arbusto cuyas flores eshalan un olor tan penetrante, que cuando una vez se respira, le sigue à uno por todas partes. Por esto es que le han hecho el emblema de la *memoria*. Un poeta, no sé cual, le compuso estos versos:

“Símbolo de dulce alegría,
 “Puede tu follage amante
 “Aumentarse como mi ternura
 “Y anunciarme dias de felicidad!
 “¡Oh cielo! refresca su verdura,
 “Primavera, renueva su flor,
 “Y ambos redoblaron su follage
 “Para el momento de mi felicidad.

“Dichoso el que escribió esos versos. Al menos, esperaba.

“Y tú, Yedra, símbolo de *nudos durables*, qué puedes decir à aquel que jamás ha tenido nudos mas que con la desgracia!

“Y tú, Oliva, símbolo de la *paz*, ¿qué eres para el desgraciado en cuyo corazón jamás ha reinado ella? Eres un pesar!

“¿Y el Laurel-rosa, símbolo de la *gloria*? Otro pesar!

“¿Y el Jacinto, símbolo de la *benevolencia*? ¿Y el Lirio blanco, símbolo de la *felicidad*? ¿Y la Ogiacanta, símbolo de la *esperanza*? ¿Y el Ocil-de-paon, de la *equidad*? Todos, todos son pesares, y mas pesares!

“Todos esos sentimientos deben haber quedado estraños para mi corazón: jamás he podido contar con la equidad y benevolencia de los demás. Jamás he

podido confiar ni aun en la esperanza! ¿Y con la felicidad? Placer desconocido, jamas entrarás en mi alma.....

“He acabado mi nomenclatura. ¿Y cuando haya mencionado la Guittaria, símbolo de la *melodía*, la Tussillage, símbolo de la *firmeza*, la Cameline, del *reconocimiento*, la Parietaria, de la *misantrópia*, el Myrlite, de la *novedad*, la Roya, de la *calumnia*, y la Pretillaire, de la *ambicion*, ¿habré concluido? Nó, aun me queda la Hiniestra, emblema del *sortilegio*.”

“Los poetas han comparado esta planta á un corazon magnánimo que resiste á la adversidad, porque su follage dura mucho tiempo. Sus flores son bellas, su follage elegante, sus hojas de un hermoso verde, pero el corazon de su árbol, negro cual el ébano. ¡Ay de mí! el corazon del árbol de esa planta, es mi corazon: sus flores, sus hojas, su follage es el mío! ¿He concluido? Nó; me falta la Viperina, símbolo de la *justicia celeste*, el Milianto de Etiopia tan buscado por las abejas, y cuyo atributo es la *calma*. Que la vista del uno me sirva para desafiar con calma la multitud de mis desgracias, y la del otro, para esperar y contar con la *justicia celeste*.”

“¡¡Gloria á Dios!!! ¡¡Espero en él!!!”

Tal es el opúsculo que ha dado el caballero de Monhy, como producto de las meditaciones del *Máscara de fierro*. Reina en él una dulce filosofía, una tierna melancolía que trasporta el alma.

Las alocuciones del prisionero á sus flores, las noticias diversas que brotan bajo su pluma entre sus símbolos y el estado de su corazon le hacen sorprender en flagrante delito de sentimientos, y cuando la vida exterior de ese ser imaginario ha quedado envuelta en el misterio, todo aquel que lee esos fragmentos, puede leer mas de una página de su vida interior. Con tal título, hemos debido publicarlos, no solamente para mostrar bajo todas sus facetas al *Máscara de fierro*, sino aun para revelar esos hilos desconocidos por los cuales en una de las situaciones mas tristes en que tal vez ningun hombre se ha encontrado, el corazon, por mas esfuerzos que se hagan para librarlo de la vida, busca siempre el modo de reanudarse á ella.

Muerto doblemente para el mundo por los muros de su prision y la hoja de fierro que enmascaraba sus facciones, no teniendo ni familia, ni parientes, ni amigos, ni sociedad, ni hogar, ni patria sobre la cual fijar sus ideas; no pudiendo hablar mas que con un círculo limitado y de limitadas cosas, fuera de las cuales no obtenia respuesta alguna, el prisionero encontró en sus flores una familia, una sociedad, amigos con quienes conversar sin oír sus palabras detenidas al borde de sus labios, ó sus pensamientos mutilados en su corazon.

Este tierno cambio de sentimientos, de sencillas confidencias con las plantas, esos seres animados por el resto del mundo, y animados por él, no son una de las acciones ménos interesantes de la dura cautividad de ese ser enigmático, del cual ensayamos arrancar á la noche de los calabozos y al silencio de la historia algunas páginas.

Ahora sigamos de nuevo el hilo de nuestra historia.

En la época en que Louvois hizo su visita á las islas de Santa-Margarita, se cuenta un hecho sobre el cual hay datos bastante ciertos, que dan mas claridad respecto al sistema y medidas que Saint-Mars habia adoptado para con su prisionero; este hecho fué la llegada de la Señora Peronnette á las islas.

Segun la Memoria del primer gobernador encargado de la educacion del príncipe, esa señora, recordará el lector, fué la que asistió á la reina en su parto. Ella estaba en el secreto y habia sido encargada de la crianza del niño, que salido de la infancia pasó á manos del gobernador arriba mencionado. Por sentimiento y por deber, ella profesaba á aquel infortunado un amor de madre, y durante todo el tiempo de su adolescencia no cesó de demostrarlo con una solicitud constante.

El niño, hecho ya hombre, profesó para aquella señora un amor de hijo, y ese cambio mútuo de cariño, hizo ménos dura la ignorancia en que se hallaba por el secreto de su nacimiento.

Despues, cuando el amor le puso en posesion de ese secreto, cuando fué encerrado con su gobernador no se sabe en qué prision; en fin, luego que dicho gobernador murió, que su custodia fué confiada á Saint-Mars, y que se resolvió cubrirle la cara con la máscara de fierro, la Señora Peronnette no supo mas de él. No fué sin embargo, su corazon el único herido por ello; el del prisionero desangró tambien por mucho tiempo por la misma causa, y cuando la verdadera madre, olvidaba sentada en su trono, que en los torreones de las prisiones de estado gemía una criatura cuyo solo crimen era haber recibido la vida de ella; la madre casual vengaba á la naturaleza y á la humanidad, profesando á dicha criatura su cariño, la solicitud, y el amor que le rehusaba su real madre.

Despues de muchas infructuosas investigaciones, despues de muchos años pasados en medio de mil suspiros, la Señora Peronnette concluyó por descubrir la suerte del hijo de su corazon. Su edad era ya muy avanzada, y estaba casi ciega; pero apesar de los años, de las enfermedades y ceguera, se puso en camino para las islas de Santa-Margarita. Esto pasaba durante un rigoroso invierno: el viento de Provenza soplaba violento y frio: los caminos se hallaban cubiertos de nieve é inseguros, y solo por ver una vez antes de morir al niño que habia criado, ella desafió el frio invierno, el viento, la nieve, la fatiga, los ladrones, y siguió su camino para las islas.

Llegada á ellas, se hizo presentar á Saint-Mars, le dijo su nombre y el objeto de su viage.

—Es imposible verlo, señora, le contestó este, las órdenes que tengo del rey son muy estrictas.

Pero señor, replica ella, es el hijo de mi corazon: yo lo he criado con la leche de mis pechos, y nunca se me habia rehusado la satisfaccion de verlo, jamas he abusado de ese permiso, señor, pues temo bastante el agravar su desgracia; así, ¿cómo habia de abusar ahora? Mirad, soy vieja enfermiza, casi ciega....

tengo un pié en la tumba, y apesar de todo, he emprendido un viage largo y penoso, solo por tener el gusto de verle una vez aún.... Lo que os pido es la demanda de una moribunda.... y sus votos, señor, jamas se le rehusan.

La desgraciada mezclaba á sus súplicas sus lágrimas, pero hablaba á un mármol.

—Si las órdenes del rey no se oponen, le veréis muerto: respondió friamente Saint-Mars sin dejarse conmover por aquel dolor respetable.

La Señora Peronnette suplicó aún, se arrojó á las plantas del inflexible gobernador, pero todo fué inútil.

Salió del fuerte con el corazón oprimido y dando libre curso á sus lágrimas: despues, conociendo que si la prueba de su cariño llegaba á noticia del prisionero, reviviría en él un dulce recuerdo, sería un bálsamo para su corazón ulcerado, habiendo reflexionado que para aquel desgraciado prisionero, borrado del libro de la vida por una ecsigencia bárbara y el cual se creía sin duda olvidado de todo el mundo, le serviría de consuelo el saber que ecsistía un corazón que con sus latidos correspondía á los del suyo; que ecsistía una alma que simpatizaba con su alma, escribió al gobernador la carta siguiente.

“La Señora Peronnette, gobernadora de Gurgy en Ivernais, al Sr. gobernador Saint-Mars.

“Señor gobernador:

“Antes de haber sido gobernador, habeis sido padre, y es á los sentimientos de tal á quienes apelo.

“Órdenes rigurosas se oponen al pedido que os he hecho; resignada me inclino ante ellas.

“Pero, por muy rigurosas que sean, no deben de privar al corazón de toda especie de placer, y es uno bien simple el que solicito para el del prisionero.

“¡Ay de mí! He sido madre, aunque sin conocer los dolores de la maternidad. Desde el día en que, pobre niño, me fué confiado el que hoy hombre es vuestro prisionero, gocé de todos los placeres de madre sin haber sufrido las penas de tal: le quise, como se quiere todo aquello que hace nacer en nuestro corazón sentimientos desconocidos. Me imaginaba ser su verdadera madre, señor gobernador, él se imaginaba ser mi hijo, y nos amábamos ambos como tales.

“He envejecido con este amor, y tengo la certidumbre de que él envejece con el mio; juzgad, pues, cuan dulce momento será para él, aquel en que sepa que en el corazón de su madre vive aún ese amor cual en el suyo.

“Os suplico, pues, por todo aquello que os es querido, por todo aquello que es sagrado en el mundo, el que le digais estas tres cosas.

“Que vivo.

“Que le compadezco.

“Que le amo siempre.

“Todo esto, es bien poco, señor gobernador, pero si su corazón es el mismo de antes, el mismo que he conocido, sé que esto le dará un momento de felicidad.

“Por lo que á mí respecta, eso me hará la muerte ménos amarga.

“Soy, señor gobernador, &c., &c.”

Saint-Mars leyó la carta, y no dijo ni una palabra al prisionero.

La señora Peronnette, tomó de nuevo el camino de su castillo, creyendo que su súplica sería cumplida.

Las fatigas del viage efectuado enmedio de una estación tan rigurosa, las enfermedades y los sufrimientos en su edad, y mas que todo, lo inútil de su visita, alteraron sensiblemente su salud, y despues de algunos días de enfermedad, murió con el pesar de no haber podido ver aún una vez al desgraciado á quien habia servido de madre.

Durante este tiempo, la resignación del *Máscara de fierro* en la dura cautividad, no se desmentía, así como tampoco el rigor de Saint-Mars. Aquel desgraciado habia sacado en sus lecturas, en sus reflexiones, una dulce filosofía que le hizo aceptar su suerte cual si fuese una de esas duras pruebas á la que la Providencia somete, algunas veces á los hombres mas afortunados. Ayudado por sus sentimientos religiosos, sufría su suerte sin ecshalar una queja.

Algunas veces sin embargo, su dignidad de hombre se revelaba contra la máscara que cubría su rostro, contra aquella hoja de fierro que solo el egoísmo le habia puesto como barrera entre las miradas del hombre y las suyas. Se sentía herido en su orgullo, no por amor propio, sino considerando que las facciones del rostro son el espejo en que se refleja el alma, le pareció, que al haber fijado para mientras viviese aquel velo de fierro sobre su cara, se habia pretendido apagar su alma, su alma que le pertenecía toda entera, y sobre la cual, solo Dios tenia poder.

Un día, esta idea arrojó sobre su corazón una de esas angustias venenosas contra las que aun no tenia la fuerza necesaria para sobreponerse: quiso librarse de ella, y toma un libro, le abre al azar y sus ojos se fijan sobre esos bellos versos en que al hacer la pintura física de la materia que Dios hizo al hombre, el poeta Ovidio creyendo ver determinado su destino providencial dió al mundo su pensamiento en esta ingeniosa y elegante metáfora:

“*Os homini sublime debet et erectos adsidera tollere vultus.*”

Este pensamiento, que parece haber sido puesto á su vista por una casualidad maligna, como para corroborar el suyo, aumentó su angustia.

El libro cayó de sus manos y quedó por largo tiempo en una profunda meditación.

Aquella máscara que le ocultaba el rostro; aquel atributo que el poeta consideraba como uno de los dones especiales por el cual la Providencia habia querido distinguir al hombre, le apareció como la tortura mas horrible, como la mas degradante sujeción de su cautividad. Se la hubiera arrancado con sus manos, si hubiera podido hacerlo sin arrancarse la vida.

Hubo un instante de desesperacion. Su cabeza ardía.... se aproximó á la ventana de su prision para recibir el aire y refrescar su sangre que se agolpaba al corazon con violencia, y vió abajo sobre la playa, un pescador que acababa de amarrar su embarcacion. Una idea le asaltó: ¿cuál? no se sabe; pero tomando uno de sus platos de plata que le habian servido en la comida, escribió en él con un cuchillo algunas palabras y por entre las barras de la prision lo arrojó al pié de la torre. El pescador tomó el plato, que sin duda con aquellas palabras, contenia lo bastante para herir á toda una familia de reyes, y lo llevó al gobernador.

Saint-Mars toma el plato, lo voltea y lee en su reverso las palabras escritas, y fijando su mirada agreste sobre los ojos del pescador, como para leer en ellos la verdad, le pregunta:

—Sabes leer? Has leído lo que está escrito en este plato?

—No sé leer, respondió el pescador, acabo de encontrármelo y nadie lo ha visto en mis manos.

—Lo sabré: dijo aparte Saint-Mars.

Y tomando una pluma, escribió sobre un billete:

—“Al recibir el presente, ahorcad al portador.”

Y entregó el billete abierto al pescador.

—Este billete, le dijo, lo vas á llevar al mayor Rosarges: se lo llevarás tú mismo, no lo enseñes á nadie. Encontrarás al mayor en la gran guardia.

He aquí el cálculo que se hizo Saint-Mars.

—Si este hombre sabe leer, la curiosidad le tentará en el camino, leerá el billete y entónces, en vez de entregarlo tratará de huir; pero mis esbirros le cojerán. Si lo entrega, es una prueba cierta de que no sabe leer.

Y para esta última eventualidad, envió uno de sus agentes que siguiese los pasos al pescador, y le encargó dijese al mayor Rosarges que no ejecutase la órden.

El pescador, que en realidad no sabia leer, remitió fielmente el billete, y puesto en libertad debió la vida á su ignorancia.

Un *frater*, especie de cirujano agregado al servicio del convento de Mínimos de la vecindad, fué menos dichoso en una circunstancia igual.

Despues de la aventura del plato, Saint-Mars habia hecho colocar un centinela en el ángulo avanzado de un bastion, desde donde se podia ver todo lo que salia de la ventana del prisionero. El centinela tenia por consigna, dar la señal de alarma tan luego como viese salir cualesquiera objeto ya fuese un papel, un lienzo, alguna pieza de bajilla, ó cualesquiera otro utensilio.

Un dia, despues de algun disgusto con Saint-Mars, tal vez despues del triste fin de la araña, el *Máscara de fierro*, poseido de una de esas ecsasperaciones febriles que cada vez iban siendo mas raras en él; pero que de vez en cuando desbordaban como una tempestad del alma mal contenida, tomó una camisa muy fina, sobre la que dice la crónica, *escribió de una á otra punta*, y así como con el plato, la arrojó por entre las rejas de la prision. Un *frater*, que en aquel instante

